

NUÑEZ DE BALBOA O SUEÑOS DE GRANDEZA

La noticia que Nuñez de Balboa mandó al rey sobre el buen suceso de su expedición a descubrir el mar del Sur, se cruzó en medio océano con la expedición que encazaba Pedrarias.

-Ya que os habéis ~~descubierto~~^{anticipado} a descubrir el mar que habéis llamado del Sur, gloria que el soberano había reservado para mi y puesto que su majestad, en su magnificencia, quizá olvidando que tenéis asuntos pendientes con la justicia, os ha premiado con el espléndido título de Adelantado, os digo que este descubrimiento y esta gloria debemos compartirlos como dos caballeros.

Nuñez de Balboa, fascinado con la noticia de que el rey le había investido de Adelantado, lo que significaba posesión de las tierras que conquistase, casi no había prestado atención a los circunloquios del señor gobernador.

-Debéis saber, caballero don Vasco -lo llamba así por primera vez- que tengo en España una hija preciosa, que es admiración de todos; joven, bella y contará con una gran dote. Me he resistido hasta hoy, a pesar de los muchos pretendientes, a comprometerla en matrimonio. Vos señor Adelantado -prosiguió ante el creciente asombro y turbación de Nuñez de Balboa- vos os habéis hecho ~~señor~~ digno acreedor de ella. Os ofrezco solemnemente la mano de mi hija.

-Nuñez de Balboa, ante lo inucitado, no sabía si soñaba como otras tantas veces, como la víspera del descubrimiento del mar del Sur; tuvo que clavarse la uña para convencerse que su buena estrella volvía a brillar en el firmamento. Lo más hermoso era el poder ir a descubrir el reino. Ya tenía el título otorgado por el rey que le permitía seguir con sus hazañas y por añadidura tendría por esposa una mujer bella, en la flor de su juventud y además, noble y rica.

-Desea algo?, le preguntó más tarde uno de sus compañeros.

+ +!+

Pedrarias no podía competir con la juventud, el arrojo y la experiencia de Nuñez de Balboa. Caballero prudente y precavido, hizo cálculos y prefirió tomar otro camino.

Con el solícito y melífluo apoyo del gobernador, su futuro suegro a quien, en confianza llamaba ya "Don Pedro", Nuñez de Balboa comenzó, más ilusionado que nunca, a preparar la gran expedición, la que le llevaría al reino mismo del Perú, al fabuloso Dorado.

La travesía por lo intrincado de la selva tropical, llevando a lomo de indio, los pesados maderos y fierros para construir barios ber-

gantines al otro lado del istmo, se convirtió en la más cruel y dura epopeya. Es época de las grandes tormentas, la tierra se vuelve un pantano devorador, los ríos se desbordan, los mosquitos forman verdaderos nubarrones. Más de una vez Nuñez de Balboa se sintió abandono de su buena estrella, ahora todo fallaba, todo se volvía casi imposible. El camino quedó sembrado de cadáveres de aborígenes, pero la "historia" no se ocupa de estos insignificantes detalles.

Sólo la tenacidad de un hombre de temple, la fe que inspiraba en sus compañeros de infiernito, la pasión por lo desconocido, que quizás era más fuerte que la misma ambición de fortuna, hizo que Nuñez de Balboa y sus hombres, españoles e indios, superando las adversidades, llegasen de nuevo a las playas de San Miguel.

Cuando todo parecía sonreir, próximos ya a zarpar, los bergantines fueron destrozados por el mar embravecido. Ya no era el plácido y azuloso mar del día de San Miguel, ya no era el mar pacífico. Ahora se resistía, se sublevaba. Rugía con el viento y se precipitaba contra las rocas

+ + +

-Por fin hemos dominado al mar, dijo el Adelantado a su fiel lugarteniente, Andagoya, cuando al mando del primer bergantín, construido con los despojos de los otros, con las velas infladas por viento del Norte se deslizaron mar adentro.

-Pero necesitaremos más barcos, dijo Andagoya.

-Con lo que queda de materiales quizás podamos construir otro más, respondió Nuñez de Balboa, y luego agregó, a falta de mayor número de bergantines tendremos que hacer mayor número de viajes.

El día era espléndido, sólo un viento refrescante y el paso de las gabias en formaciones perfectas que parecían guardias de honor para el paso del bergantín.

-El cacique Comagre me ha asegurado que en ese reino del Virú o Perú, todo es oro y piedras preciosas. Las vajillas del rey y de los nobles son de oro, de oro hasta las zandalas! Los indios de estas comarcas aseguran que de tiempo en tiempo vienen ~~en~~ los marinos de ese reino a comerciar con los de aquí y todos confirman las riquezas de esas tierras. Cuántos barcos necesitaremos para transportar semejantes tesoros.

-Dicen también, respondió Andagoya, que a pocos soles de aquí hay unas islas cuajadas de perlas.

-Cuántos tesoros nos aguardan!

+ + +

El mar océano ya le era familiar. Se había encariñado con él, había sido como un potro salvaje. Costó dominarlo pero ahora era manso, sumiso y al mismo tiempo espléndido.

Regresaba, Nuñez de Balboa de explorar el archipiélago de Las Perlas. Ciento que no había sido como en Ofir, donde las playas, según el mito, estaban cubiertas no por arena sino por hermosas perlas, pero de todos modos encontraron el precioso producto. En baúl especial venía una talega llena, de la cual un quinto despacharía con el primer correo, a su majestad.

- Señor Adelantado, dijo el mensajero, Don Pedro, el gobernador, os envía esta carta y os ruega volver a Darién para una importante reunión, antes de que iniciéis la conquista de ese reino.

Carta afectuosa, cordial, casi de padre a hijo; acaso no iba pronto a ser su yerno?

- Seguro que habrá recibido buenas noticias de España. Quizá el rey mismo me envía algún mensaje, susurró al oído de Andagoya.

- Decid al señor gobernador que en pocos días estaré allí.

- Os pide reuniros en la villa de Acla.

Volviéndose hacia donde estaba Andagoya agregó:

- Vosotros podréis continuar en los preparativos. El tiempo es favorable y volveré lo antes posible que no me resisto más a la tentación de emprender el viaje definitivo hacia ese famoso reino.

+ + +

La cima de ese cerro tenía un mágico encanto. Desde allí divisó, por primera vez ese mar océano, del cual está/más ^{ahora} enamorado que de esa Dulcinea que Don Pedro le ha ofrecido con tantas garantías. Antes de seguir camino a Acla miró, de nuevo, acarició con sus ojos las tibias aguas del Pacífico.

- En pocos días volveré, se dijo despreocupadamente; surcaré hacia el Sur, al encuentro con mi destino, a la conquista del reino del Perú.

Parte del trayecto podía hacerlo cabalgando la acéloma, mientras varios ~~indios~~ indios iban adelante, podando algunas ramas. Las circunstancias eran propicias para la meditación y la dulce fantasía. En qué iba a pensar tan ~~dichoso~~ capitán?

- Cuánta fortuna me ha deparado el destino! Con un poco más de tiempo con la merced de Dios y la gracia del monarca, haré más de lo que se propuso Don Cristóbal Colón. Es lástima que la reina Isabel haya muerto tan prematuramente y no éste para ver la culminación de su empresa. Cuántos favores me habría concedido tan dignísima reina como fue ella! Pero el rey me ha otorgado su gracia, sin haber pedido nada me ha concedido el alto título de Adelantado, además cuento con el apodo del

gobernador, mi futuro suegro.

-Regresar a España después de la conquista del Perú -prosiguió en sus meditaciones- será algo grande! El recibimiento tal vez no será tan multitudinario como el que le hicieron Colón o quizás sea mayor.. quien lo sabe, pero en todo caso, será solemne. Cuántos grandes personajes de la corte estrecharán mi mano. Tendré que informarme cómo son las costumbres de la corte, cómo debo proceder en presencia del rey... pero ah! también en esto tengo mucha suerte; Don Pedro, mi próximo suegro conoce todos esos procedimientos, él podrá ilustrarme con detalle, hasta podré ensayar con él mi saludo con el monarca y la reina.

-Verdad que el intrépido Almirante -cuyo recuerdo le inspiraba admiración- se aventuró hacia lo desconocido y lo temible, verdad que él descubrió la vía de Occidente, descubrió muchas islas y aún tierra firme, pero yo voy a conquistar un rico imperio, qué importa si no hallo pimienta, canela u otras especerías, cuando encontraré muchas pepas de oro y abundantes riquezas para España. Los reinos de su majestad, el rey Don Fernando, serán entonces los más poderosos de Europa. El soberano apreciará, quizás mejor que yo mismo, el gran futuro de España.

-Al Almirante -pensó mientras descendía hacia el valle- la merced de los reyes católicos le convirtió en virrey. Don Cristóbal pudo ser un magnífico virrey, de no haber cometido errores y todas aquellas demás cosas de que le acusan a tal punto de haber vuelto encadenado a España. De no haber sido por aquellas graves faltas estaría aquí, con nosotros. Las tierras que voy a descubrir habrían sido para él. No conozco mucho las acusaciones, seguramente Don Pedro las conocé y podrá referirme. Tras breve pausa, volvió a pensar: No, yo no cometeré los errores del Almirante.

Cerca iban ya de villa de Acla. Adelantó dos hombres para que llevasen la noticia:

-Id prestos y avisad al señor gobernador que muy pronto estaré con él.

Volvió Nuñez de Balboa a entregarse a sus sueños y proyectos.

-Ni el gran Almirante fue tan afortunado como yo. No llegó a la India ni a Cipango, mientras yo voy a descubrir un reino quizás más fabuloso que esos de Oriente. He descubierto ya el mar del Sur sólo me falta avanzar unos cuantos días por mar y habré llegado! Más tarde enfilaro proa a Occidente podré llegar también a las tierras soñadas por Colón. Oh, divina providencia cuanta gloria me habéis deparado. Ningún español habrá prestado, para entonces, tan grandes servicios al reino, como yo. El rey y toda la corte apreciarán mis méritos!

La cercanía a Acla, donde su futuro suegro, le esperaba con importantes noticias, le ponía más emocionado.

-Virrey? Cómo habrá sido aquello de que su majestad le concedió el título de almirante y de virrey de las tierras que descubriese. Por de pronto ya me ha hecho Adelantado, después que descubra y conquiste el reino del Perú, quizá... quien lo sabe. En fin no sé de estos asuntos pero Don Pedro me ayudará pues que para él también serán los honores, él será mi consejero y en su buen consejo se jugará su buena fortuna.

Pero su imaginación voló, de nuevo, a la madre patria, a su pequeña tierra nativa a Jerez de los Caballeros, a las grandes ciudades.

-Cuando se anuncie mi llegada a Sevilla, a Barcelona -pensó rebosante de alegría- cuánta gente saldrá a las calles, me verán pasar como un héroe. Allí va, dirán, el descubridor, el conquistador.

La vista del poblacho de Acla interrumpió sus bellas fantasías. Hacía meses que descubrió el mar del Sur, lo ha surcado ya hasta el archipiélago de Las Perlas. La historia consagraría su nombre; España xx muy pronto señoreará ese mar, pero la conquista del reino del Perú y de sus incalculables tesoros no formarán parte de su gloria.

Los honores de España, la justicia del rey estaban muy lejanos. Entre España y el istmo se interponía mucha agua, mucho mar. Acá, en Panamá, había otros hombres, otras ideas. Muchos tenían ambiciones, quien no al haberse embarcado para las Indias! Algunos habían sufrido desilusiones, frustración grave. Los más corajudos se lanzan a la conquista de las nuevas tierras, los menos arrojados siguen atrás, pero hay otros más prudentes, más calculadores que saben mover los hilos de las pasiones humanas. Saben esperar, pero son inexorables.

Mientras el descubridor, camino de regreso a Acla, soñaba en sus futuras conquistas, en sus honores y en la grandeza de España, acá en Darién se había comenzado a tejer un inicuo proceso. Nuñez de Balboa se había ido con su gente y nuevos expedicionarios; en Darién no le quedaban compañeros o amigos o quizás si, unos pocos entre ellos un tal Francisco Pizarro, uno de los sobrevivientes de Castilla del Oro, uno de los que le acompañó en la expedición anterior. El también es fuerte, avezado en la lucha con los indios y la naturaleza, él también tiene sus ambiciones, también está convencido de la existencia del reino del Perú.

El gobernador, hombre prudente, meticoloso consideró que el encuentro con su futuro yerno sería mejor que se realice en un sitio más tranquilo, donde haya menos gente, menos riesgos. El asunto era grave. Debía impartir justicia, aquella que le llene el espíritu de calma, tras el grave desengaño de haber venido a descubrir un mar que un imprudente aventurero ya lo había descubierto.

Nuñez de Balboa había sido procesado por traición, por sedición. Bajo el solícito cuidado de su futuro suegro, el juicio había llegado ya a feliz término. Cuando Nuñez de Balboa arribó, loco de entusiasmo, a la villa de Acla, la sentencia estaba lista.

+ + +

El informe que por lento correo llegó al rey de España, era corto, demasiado parco.

Nuñez de Balboa, el que había descubierto el mar del Sur, el que ofrecía al monarca conquistar un rico y dilatado reino en las tierras descubiertas, había sido condenado por sus graves delitos.

Como para no estropear la digestión del soberano, el día que leyese el parte, éste agregaba simplemente: 'El reo no sufrió. Al primer hachazo del verdugo, voló su cabeza, sólo hizo un gesto de sorpresa!"